

WARHAMMER  
40,000

DAN ABNETT



LA FUNDACIÓN

UN ÓMNIBUS DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

timunmas



# LOS FANTASMAS DE GAUNT

LA FUNDACIÓN

**DAN ABNETT**

timunmas

Título original: *Gaunt's Ghosts. The Foundation (Omnibus Edition)*  
Traducción: M<sup>a</sup> Dolores Gallart Iglesias (*Los Primeros de Tanith*)  
Emma Fondevila García (*El hacedor de fantasmas y Necrópolis*)  
Juan Pascual Martínez Fernández («In Memoriam»,  
*Compendio de batalla del primero de Tanith y prólogo*)

Asesor de español para BL Publishing: J. A. Miguel Racher

Ilustración de cubierta: Clint Langley  
Mapa de Necrópolis: Ralph Horsley

Primera edición: abril de 2017

*First & Only* © 1999, Games Workshop Ltd.  
*Ghostmaker y Necropolis* © 2000, Games Workshop Ltd.  
*In Remembrance y The Tanith First Battle Compendium* aparecieron por primera vez en *Inferno!*  
© 2002, Games Workshop Ltd.

Todos los derechos reservados

*Gaunt's Ghosts. The Foundation, La Fundación. Los Fantasmas de Gaunt*, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2007 por Black Library  
Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited 2007

© De la traducción, Games Workshop Limited, 2007. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2008, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0446-3  
Depósito legal: B. 5.861-2017  
Preimpresión: gama sl  
Impreso en España por Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

Bienvenido a los mundos de Sabbat .....	XI
Los primeros de Tanith .....	11
El hacedor de fantasmas .....	313
Necrópolis .....	637
In memoriam .....	973
Compendio de batalla del primero de Tanith.....	1007

LOS  
PRIMEROS  
DE TANITH



## Primera parte

# Núbila Extrema

**L**os dos Interceptores de clase *Faustus* pasaron raudos sobre un millar de toneladas de asteroide sujetas a una lenta rotación, para disminuir luego la velocidad. Sobre su superficie gris parpadearon las estriadas manchas de los reflejos de los pilotos. La anaranjada neblina de la nebulosa llamada Núbila Extrema a floraba como un inmenso telón de fondo, con sus miles de años luz de extensión, cual difusa cortina que abarcara los confines de los Mundos de Sabbat.

Todos aquellos interceptores de patrullaje, de elegante forma de barbo, medían unos cien metros desde el estilizado morro hasta la ondulada cola. Los *Faustus* eran esbeltas y potentes naves de guerra que semejaban dentados pináculos de catedrales provistos de contrafuertes, en la parte posterior, destinados a albergar los propulsores principales. En sus costados blindados lucían el Águila Imperial, junto con las marcas verdes y las insignias de la Flota del Segmentum Pacificus.

Inmovilizado por la sujeción hidráulica del asuebti de mando de la nave capitana, el capitán de escuadrilla Torten LaHain redujo el ritmo de su pulso cardiaco a medida que disminuía la velocidad de la nave. La conexión de los impulsos mentales sincrónicos legada por los Adeptus Mecánicus acoplaban su metabolismo con los antiguos sistemas de la

nave, de tal forma que vivía y respiraba cada matiz de su movimiento, de su dinámica energética y de sus reacciones.

LaHain era todo un veterano a sus veinte años. Llevaba tanto tiempo pilotando Interceptores *Faustus* que éstos parecían una prolongación de su cuerpo. Dirigió la mirada al anexo de vuelo, situado justo debajo del puesto de mando, donde su oficial de observación trabajaba en el puesto de control de navegación.

—¿Y bien? —preguntó a través del transmisor.

El observador cotejó sus cálculos con las runas que resplandecían el panel.

—Gire cinco puntos a estribor. Las instrucciones del astrópata son descender hasta el borde de las nubes de gas para echar una ojeada final antes de volver con la flota.

Detrás de él sonó un murmullo. El astrópata, encorvado en su pequeño cubículo, medio cuna medio trono, se agitó. De su cabeza incrustada de enchufes partían centenares de filamentos que lo mantenían conectado al complejo instrumental sensorial situado en el vientre del *Faustus*. Cada uno de ellos estaba marcado con una diminuta etiqueta de amarillento pergamino, en las que estaban inscritas las palabras que LaHain no deseaba tener que leer. Estaban impregnadas de un persistente olor a incienso y ungüentos.

—¿Qué ha dicho? —consultó LaHain.

—¿Quién sabe? —contestó el observador, encogiéndose de hombros—. ¿Y a quién le importa?

El cerebro del astrópata vigilaba y procesaba constantemente la vasta onda de datos astronómicos que le hacían llegar los sensores de la nave. Además, sondeaba el pulso psicológico del espacio disforme que se extendía más allá. Las pequeñas naves patrulleras como aquélla eran, con su cargamento astropático, el primer recurso de alerta de la flota. Era una dura labor mental la que realizaban los psíquicos, y no eran raros en ellos los gemidos y las muecas. A veces sus manifestaciones de desasosiego eran peores, como cuando cruzaron un campo de asteroides rico en níquel la semana anterior y al psíquico le asaltaron violentos espasmos.

—Comprobación de vuelo —dijo LaHain por el transmisor.

—¡Aquí torreta de cola! —respondió el responsable de la parte posterior de la nave.

—¡Mecánico de a bordo a punto, por el Emperador! —exclamó una voz desde el recinto de los motores.

LaHain señaló al piloto de la nave acompañante.

—Moselle... tú te adelantarás e iniciarás el reconocimiento. Nosotros iremos un poco más atrás para asegurarnos de que no hay nada. Después volveremos a casa.

—Hecho —repuso el aludido antes de que la otra nave saliera disparada para reducirse de improviso a una borrosa forma que dejó centelleantes perlas tras de sí.

LaHain estaba a punto de colocarse a la zaga cuando oyó la voz del astrópata por el comunicador. No era nada habitual que el hombre hablara al resto de la tripulación.

—Capitán... trasládese hasta las siguientes coordenadas y aguarde. Estoy recibiendo una señal. Un mensaje... de fuentes desconocidas.

LaHain obedeció las instrucciones y la nave se ladeó para dar la vuelta, mientras los motores se encendían con breves fogonazos de un rojo vivo. El observador puso todos los sensores en espera.

—¿Qué es esto? —preguntó con impaciencia LaHain, poco amante de maniobras imprevistas que lo apartaran de una bien planificada misión de patrullaje.

El astrópata tardó un momento en responder:

—Es un comunicado astropático que intenta atravesar el espacio disforme. Proviene de un radio de distancia extremo. Debo recibirlo y transmitirlo al Mando de la Flota.

—¿Por qué? —quiso saber LaHain, considerando que era un tanto irregular aquella iniciativa.

—Percibo que es secreto. Está en nivel de inteligencia fundamental. Es el nivel Vermellón.

En la pequeña y delgada nave se produjo un largo silencio, sólo alterado por el zumbido de la propulsión, el parloteo de las pantallas y el susurro de la circulación del aire.

—Vermellón... —musitó LaHain.

El Vermellón era el nivel más elevado de prioridad que empleaban los criptógrafos de la Cruzada. Se trataba de algo inaudito, mítico. Hasta los preparativos de batalla importantes se transmitían sólo en Magenta. LaHain sintió una tensión paralizadora en las muñecas y un temblor en el corazón. El reactor del Interceptor fibriló en sintonía con él. LaHain

tragó saliva. Un día rutinario se había convertido en una jornada fuera de lo normal. Sabía que debía poner todo al servicio de la correcta y eficiente recuperación de aquellos datos.

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó.

—Un rato —repuso, tras otra pausa, el astrópata—. No me interrumpen mientras me concentro. Necesito el mayor tiempo posible.

La voz tensa y carrasposa pasó a murmurar una oración. La temperatura del aire bajó de forma perceptible en la cabina. Algo, en algún lugar, exhaló un suspiro.

LaHain crispó la mano en torno a la palanca de mando, con la carne de gallina. Detestaba la brujería de los psíquicos. Notaba su sabor amargo, punzante, en la boca. Bajo la máscara de vuelo le resbalaba el sudor. «¡Deprisa!», pensó... Estaba tardando demasiado. Estaban en una posición vulnerable. Además, quería que dejara de erizársele el vello.

El astrópata siguió murmurando su oración. LaHain miró a través de la cubierta la banda de rosada niebla que se alejaba para penetrar en el corazón de la nebulosa, a miles de millones de kilómetros de distancia. La fría e hiriente luz de antiguos soles la atravesaba con sus haces como si fuera una gasa. Unas nubes de oscuro vientre giraban despacio y en silencio, componiendo dibujos como de flores.

—¡Contactos! —gritó de improviso el observador—. ¡Tres! ¡No, cuatro! ¡Rápidos como centellas y vienen directos hacia nosotros!

—¿Ángulo y tiempo de aproximación?

El observador precisó una serie de coordenadas y LaHain encaró el morro hacia ellas.

—¡Se acercan muy deprisa! —insistió el observador—. ¡Por el Trono de la Tierra, van muy rápidos!

LaHain observó su panel y vio el destello de los cursores rúnicos que se desplazaban en la cuadrícula táctica.

—¡Activación de sistemas de defensa! ¡Preparen las armas! —ordenó.

Delante de él, en la torreta delantera, los cargadores automáticos produjeron un murmullo al montar los cañones automáticos, y de los depósitos de energía salió un zumbido generado por el flujo de potencia que transmitían a los rifles de plasma.

—¡Ala Dos a Ala Uno! —sonó, ronca, la voz de Moselle por el transmisor de voz de larga distancia—. ¡Los tengo encima! ¡Dispersaos y huid! ¡Huid en nombre del Emperador!

El otro Interceptor se aproximaba a vertiginosa velocidad. LaHain aumentó la precisión óptica, amplificada y facilitada a través de los sistemas de la cubierta, y vio la nave de Moselle cuando aún se hallaba a mil kilómetros de distancia. Tras ella llegaban, lentas y perezosas, las formas vampíricas, las naves depredadoras del Caos. En la oscuridad entreverada de rojo parpadeaban repetidas explosiones de fuego, amarillas proyecciones de letal muerte.

El grito de Moselle se interrumpió de repente, desgarrado, a través del transmisor.

El veloz Interceptor desapareció en una bola de fuego hipercaentada que se expandió con rapidez. Los tres atacantes prosiguieron su estruendoso curso a través de los restos de su víctima.

—¡Vienen por nosotros! ¡Cambio de rumbo! —gritó LaHain antes de hacer girar en redondo el *Faustus* con un acelerón—. ¿Cuánto va a tardar? —consultó a voz en grito al astrópata.

—Ya he recibido el comunicado. Ahora lo estoy... transmitiendo... —susurró casi sin voz el astrópata, al borde de su límite de resistencia.

—¡Hágalo cuanto antes! ¡No tenemos tiempo! —lo apremió LaHain.

La esbelta nave de guerra se precipitó por el aire, dejando una estela azul generada por el calor de sus motores. LaHain se regocijó sintiendo el canto de éstos en la sangre. Estaba rozando el umbral de tolerancia del aparato. En su pantalla se habían encendido los pilotos ámbar de aviso. LaHain se estaba quedando poco a poco incrustado en la gastada y estriada piel de su asiento.

En la torreta de cola, el artillero apuntó los dos cañones automáticos gemelos, buscando un blanco. No vio los atacantes, pero sí percibió su ausencia: la parpadeante oscuridad recortada sobre las estrellas.

Los cañones de la torre cobraron vida con un chirrido y escupieron un hirviente reguero de munición de hipervelocidad teñido de tonos escarlata.

En la carlinga, los indicadores emitían agudas señales de aviso. El enemigo había precisado múltiples puntos de blanco. Abajo, el observador interpelaba a gritos a LaHain, reclamando maniobras de evasión. Por el interfono chillaba el mecánico de a bordo Manus informando de un orificio ocasionado por un exceso de tensión en la alimentación de energía.

—¿Ha terminado? —preguntó LaHain al astrópata sin perder los nervios.

Se produjo otra larga pausa. El astrópata permanecía recostado en su cuna.

—Ya está hecho —murmuró, ya moribundo, con el cerebro devastado por el trauma de aquel acto.

LaHain efectuó un brusco viraje y encaró el Interceptor hacia sus perseguidores con las potentes armas de plasma y los cañones del morro arrojando fuego. No podía escapar ni superarlos en la lucha, pero por el Emperador, antes de morir pensaba llevarse por delante al menos a uno.

La torreta delantera escupía mil disparos por segundo. Los rifles de plasma lanzaban entre aullidos una muerte fosforescente al vacío. Una de las formas camufladas en sombra estalló en una rutilante llamarada, proyectando pedazos de fuselaje, en la ardiente onda expansiva incandescente.

LaHain logró acertar a un segundo objetivo. Provocó un desgarrón en el vientre de otro atacante, cuyas entrañas presurizadas se desparpararon por el vacío. Luego explotó como un globo hinchado y comenzó a dar vueltas debido al estremecedor impacto, dejando el recuerdo de su contenido en la estela de fuego que lo seguía.

Un segundo después, una lluvia de proyectiles tóxicos y corrosivos, unas astillas de metal semejantes a sucias agujas, horadaron el *Faustus* de un extremo a otro. Hicieron estallar la cabeza del astrópata, atomizaron al observador y lo lanzaron desgajado por los orificios de la chapa. Otro mató al mecánico de a bordo en el acto y destruyó el engranaje del reactor.

Dos bilisegundos más tarde, las fracturas de la presión hicieron añicos el Interceptor *Faustus* como si de una botella de cristal se tratara. Desde su centro se expandió una densa explosión, que pulverizó la nave y a LaHain con ella.

La aureola de la detonación alcanzó un radio de ochenta kilómetros, hasta desaparecer en la nebulosa.



## Un recuerdo

### Darendara, veinte años antes

**E**l Palacio de Invierno estaba sitiado. En los bosques de la orilla septentrional del helado lago retumbaban los cañones de la Guardia Imperial. La nieve se posaba en manso vuelo sobre ellos y, con el estremecimiento de aire producido con cada detonación, de las ramas de los árboles caían pesados cúmulos blancos. Los cascos de cobre amarillo de los proyectiles rebotaban en los árboles y caían, humeantes, en una capa de nieve que poco a poco se convertía en fluido fango.

Sobre el lago, el palacio se desmoronaba. Un ala estaba en llamas y en los altos muros y largos arcos de los tejados se apreciaban brechas. Cada impacto levantaba por los aires tejas, fragmentos de vigas y borlas de nieve que parecían azúcar en polvo. Algunos disparos se quedaban cortos y entonces incidían en la piel del lago y levantaban fríos surtidores de agua, barro y acerados fragmentos que hubieran podido pasar por cristal.

El comisario Delane Oktar, máximo oficial político de los regimientos de Hyrkan, permanecía en la parte posterior de su vehículo oruga pintado con camuflaje de invierno, observando el asedio a través de su catalejo. Cuando el Comandante de la Flota mandó a los hyrkanios a sofocar el levantamiento de Darendara, ya había previsto que las cosas

acabarían de ese modo, en un amargo y sangriento final. ¿Cuántas oportunidades de rendirse habían dado a los secesionistas?

Demasiadas, según el despreciable oficial al mando de las brigadas acorazadas que prestaban apoyo a la infantería hyrkania, el coronel Dravere. A Oktar no le cabía duda de que Dravere informaría con alborozo de aquel asunto en sus despachos. Dravere era un soldado de carrera que, con el prestigio de su ascendencia noble, estaba trepando por la escalera de los ascensos aferrado con tanta fuerza al pasamanos que podía permitirse despegar los pies para descargar patadas en quienes tenían rangos inferiores.

A Oktar le tenía sin cuidado. Para él lo importante era la victoria y no la gloria. Como comisario, su autoridad suscitaba simpatías y nadie ponía en entredicho su lealtad al Imperio, su decidida adhesión a los dictados fundamentales y el exaltante ardor de las arengas que dirigía a sus hombres. Él creía, no obstante, que la guerra era algo simple, donde la precaución y la moderación podían conllevar la victoria con menores costes. Había sido testigo demasiadas veces de lo contrario. Los diferentes escalones de mando solían ser partidarios de la teoría del desgaste en lo relativo a la Guardia Imperial. Cualquier enemigo podía ser aplastado si uno invertía suficientes hombres, y para ellos, la Guardia era una ilimitada provisión de carne de cañón destinada a dicho propósito.

Ésa no era la visión de Oktar. Él había inculcado en el cuadro de oficiales de los hyrkanios otra idea. Había enseñado al general Caernavar y a sus subalternos a valorar a todos y cada uno de los hombres, y conocía de memoria a los seis mil hyrkanios, a muchos incluso por su nombre. Oktar había estado con ellos desde el principio, desde la Primera Fundación en los altiplanos de Hyrkan, aquellos vastos desiertos industriales de granito y hierba azotados por los vendavales. Habían fundado allí seis regimientos, seis altivos regimientos, los primeros tan sólo de la larga sucesión de soldados hyrkanios que Oktar confiaba en que, de una Fundación a otra, un día colocarían en un lugar bien alto el nombre de su planeta en el cuadro de honor de la Guardia Imperial.

Eran jóvenes valerosos. No le gustaba desperdiciarlos ni que los perdiciasen sus oficiales. Desde su vehículo oruga miró las hileras de árboles donde los equipos de artilleros atendían los armones. Los hyrkanios eran una raza fuerte, enjuta y pálida, con cabellos casi desprovistos

de color que solían llevar cortos y sin adornos. Vestían uniformes de color gris oscuro con correas beige y gorras de visera corta del mismo tono. Por el frío reinante, llevaban asimismo guantes de punto y largos abrigos. Los que atendían los cañones se habían quedado, con todo, en camiseta. Los correajes les colgaban desmayados de las caderas mientras se encorvaban para cargar proyectiles y se tensaban para abrir fuego con el calor de las sucesivas detonaciones. Resultaba extraño, en aquellos nevados páramos donde el aliento se hacía visible en contacto con el aire, ver hombres moviéndose entre el humo de los cañones sólo con camiseta, acalorados y sonrosados por el sudor.

Él conocía sus puntos débiles y sus flaquezas, hasta el último hombre, sabía con certeza quién era más indicado para enviarlo a reconocer el terreno, a atacar en emboscada, a dirigir una carga ofensiva, a explorar en busca de minas, a cortar alambradas o a interrogar prisioneros. Apreciaba a todos y cada uno de sus soldados por sus habilidades guerreras. No quería desperdiciarlos. Él y el general Caernavar iban a utilizarlos, a cada cual de una forma particular, y lograrían una victoria tras otra, cien veces más rotundas que quienes empleaban sus regimientos como blancos de tiro en sangrientos frentes.

Los individuos como Dravere. Oktar no quería ni pensar lo que esa bestia podía llegar a hacer cuando por fin le otorgaran el mando de una acción como aquélla. Había que dejar que aquel chiquitajo engréido de cuello almidonado diera rienda suelta a su fanfarronería. Que se pusiera en ridículo por sí solo. Aquella victoria le correspondía ganarla a él.

Oktar se bajó de la achatada base del vehículo y entregó el catalejo al sargento.

—¿Dónde está el Chico? —preguntó con su voz queda y penetrante.

El sargento reprimió una sonrisa, sabedor de que «el Chico» detestaba que lo llamaran de esa forma.

—Supervisando las baterías en la colina, comisario —respondió en un Gótico Bajo impecable, influido por la cortante entonación gutural del acento de la lengua hyrkania.

—Hágalo venir —ordenó Oktar, frotándose las manos para activar la circulación—. Creo que es hora de darle una oportunidad para que ascienda.

El sargento se volvió para irse, pero al instante se detuvo.

—¿Para que ascienda o para que lo asciendan?

—Ambas cosas, por supuesto —replicó Oktar con una sonrisa de medio lado.

El sargento hyrkanio subió por la ladera hasta los cañones de lo alto de la colina, donde una semana atrás un ataque aéreo secesionista había arrasado los árboles. Los troncos astillados habían quedado reducidos a su pálida corteza, y bajo la nieve el suelo estaba cubierto de leña, ramas e incontables y aromáticas hojas.

Ya no habría más ataques como aquél, desde luego. Eso era seguro. La fuerza aérea Secesionista operaba a partir de dos pistas situadas al sur del Palacio de Invierno que habían inutilizado las unidades acorazadas del coronel Dravere. Además, tampoco disponían de gran cosa... de unos sesenta reactores antiguos con cañones situados en el hueco entre el fuselaje y las alas y montantes en las puntas para las escasas bombas que podían reunir. El sargento albergaba, sin embargo, una admiración larvada por los pilotos secesionistas. Lo habían intentado con todas sus fuerzas, asumiendo grandes riesgos para dejar caer sus proyectiles allí donde valía la pena, y sin la ventaja de unos buenos aparatos de apoyo aire-tierra. Nunca olvidaría el caza que destruyó su búnker de comunicaciones en el frente de la montaña dos semanas atrás. Había pasado volando muy bajo dos veces para afinar la posición, dando vaivenes entre las ráfagas que le lanzaban por todos lados las baterías antiaéreas. Se le habían quedado grabadas las caras del piloto y del artillero, visibles a simple vista cuando pasaron porque llevaban la cubierta levantada para poder hacer blanco sin ayuda de accesorios.

Valientes... desesperados. No muy distintos de lo que dictaba el código de principios del sargento. Y decididos también... ése era el punto de vista del comisario. Comprendían que iban a perder aquella guerra antes incluso de iniciarla, pero aun así intentaban separarse del Imperio. El sargento sabía que Oktar los admiraba, y él a su vez admiraba a Oktar por la petición que había formulado al alto mando para que se concediera a los rebeldes opciones para rendirse. ¿De qué servía matar sin ningún propósito?

El sargento se estremeció de todas formas cuando la bomba de tonelada y media cayó en picado sobre el búnker de comunicaciones y lo arrasó. En cualquier caso, se sumó a los vítores cuando las baterías antiaéreas cuádruples Hidra acertaron al caza en su huida. Pareció como si le hubieran dado un puntapié por detrás, por la manera como se elevó por

la cola para luego comenzar a dar tumbos al recibir el impacto que lo convirtió en una llamarada que se abalanzó sobre los distantes árboles.

El sargento llegó a lo alto de la colina y divisó al Chico. Estaba en medio de las baterías, entregando a los artilleros proyectiles de repuesto que recogía de unas pilas medio ocultas bajo cortinas de humo. Alto, pálido, delgado y enérgico, el Chico intimidaba al sargento. A menos que la muerte lo reclamara antes, el Chico llegaría un día a comisario por méritos propios. Hasta entonces, disfrutaba con la categoría de cadete comisario y servía a su tutor Oktar con entusiasmo y fervor ilimitados. Al igual que el comisario, el Chico no era hyrkanio. El sargento pensó entonces, por vez primera, que no sabía siquiera de dónde era el Chico... y seguramente ni el mismo Chico lo sabía tampoco.

—El comisario quiere verlo —informó al Chico al llegar a su lado.

El Chico tomó otro proyectil de la pila y lo entregó a un artillero.

—¿Me ha oído? —preguntó el sargento.

—Lo he oído —dijo el cadete comisario Ibram Gaunt.

Sabía que lo estaban poniendo a prueba. Sabía que la responsabilidad era suya, que más le valía no estropearlo. Gaunt era asimismo consciente de que aquél era el momento indicado para demostrar a su mentor, Oktar, que tenía madera de comisario.

No había una duración establecida para el tiempo de formación de un cadete. Después de recibir la educación en la Schola Progenium y el entrenamiento básico en la Guardia, el resto de la instrucción de un cadete se hacía sobre el terreno, y la promoción al rango de comisario era una cuestión que dependía del dictamen de su oficial superior. Su carrera como comisario imperial, para dispensar disciplina, inspiración y el amor que el Dios-Emperador de la Terra profesaba por la más gloriosa fuerza de combate de la creación, dependía de su rendimiento.

Gaunt era un joven serio y callado que ya desde sus primeros tiempos en la Schola Progenium ambicionaba el rango de comisario. De todos modos, confiaba en Oktar y en su sentido de la justicia. Éste lo había elegido personalmente para estar a su servicio de entre los miembros de la clase de honor de cadetes y durante los dieciocho meses anteriores se había convertido en casi un padre para él. Un padre severo e implacable, tal vez. El padre que nunca había conocido.

—¿Ves esa ala incendiada? —le dijo Oktar—. Es un lugar por donde

entrar. Los secesionistas deben de estar retirándose a las salas interiores. El general Caernavar y yo destinaremos unos cuantos pelotones para que pasen por ese agujero y les intercepten el paso hacia el centro. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Gaunt calló un momento, con el corazón en la garganta.

—Señor... ¿quiere que...?

—Que dirijas la operación, sí. No pongas esa cara de asombro, Ibram. Siempre me pides una oportunidad para demostrar tu valía. ¿A quién quieres?

—¿Elijo yo?

—Sí.

—Hombres de la cuarta brigada. Tanhause es un buen capitán de pelotón y sus soldados son especialistas en lucha en interiores. Los quiero a ellos y al equipo de armamento pesado de Rychlind.

—Buena elección, Ibram. No me decepciones.

Dejaron atrás el fuego para adentrarse por unos largos pasillos decorados con tapices donde ululaba el viento y la luz caía en inclinados rayos desde altos ventanales. El cadete Gaunt iba en cabeza, tal como habría hecho Oktar, empuñando la pistola láser, con el uniforme de cadete comisario ribeteado de azul en impecable estado.

En el quinto corredor, los secesionistas iniciaron su último y desesperado contraataque.

Sobre ellos cayó, chispeante, el fuego láser. Gaunt se agachó detrás de un sofá antiguo que enseguida quedó reducido a un montón de madera antigua. Tanhause se desplazó junto a él.

—¿Y ahora qué? —consultó el delgado y musculoso hyrkanio.

—Dame las granadas —le indicó Gaunt.

Iban bien provistos. Gaunt tomó la ristra y dispuso los temporizadores de las doce granadas.

—Llama a Walthem —ordenó a Tanhause.

El soldado Walthem se presentó. Gaunt sabía que era famoso en el regimiento por la potencia de su lanzamiento. Había sido campeón de jabalina en su tierra natal de Hyrkan.

—Coloca esto donde les duela —dijo Gaunt.

Walthem arrojó la ristra de granadas con un quedo gruñido. Sesenta pasos más allá, el pasillo se desintegró.

Prosiguieron el avance, entre el humo y el polvo de escombros. La defensa secesionista había perdido aliento. Encontraron a Degredd, el líder rebelde, muerto con el cañón de su pistola láser en la boca.

Gaunt informó al general Caernavar y a Oktar de que el combate había terminado. Luego hizo salir a los prisioneros con las manos en la cabeza mientras las tropas hyrkánias se disponían a tomar los puestos de artillería y los almacenes de munición.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Tanhause.

Gaunt levantó la vista del cañón de asalto al que estaba quitando el percutor.

La muchacha era preciosa, de piel blanca y pelo negro, como era habitual en la aristocracia darendarana. Hincaba las uñas en los brazos de los soldados hyrkánios que la sujetaban a ella y a otros prisioneros mientras los forzaban a avanzar por el corredor.

Cuando vio a Gaunt, se detuvo en seco. Él esperaba vitriolo, rabia, los insultos tan comunes en los vencidos y presos cuya causa e ideología habían sido aplastadas, pero lo que vio en su cara lo dejó paralizado de asombro. Los ojos de la joven eran como de cristal, profundos, como el mármol pulido. Le devolvió la mirada con una expresión curiosa. Gaunt se estremeció al caer en la cuenta de que era reconocimiento lo que veía en su semblante.

—Habrá siete —dijo de improviso en un Gótico Alto de sorprendente perfección, sin asomos de acento local. La voz no parecía suya. Era gutural, y daba la sensación de que las palabras no se correspondían con el movimiento de sus labios—. Siete piedras de poder. Córtalas y serás libre. No los mates. Pero primero debes encontrar tus fantasmas.

—¡Basta de desatinos! —espetó Tanhause antes de ordenar a los hombres que se la llevaran.

La muchacha tenía ya la vista perdida y por su barbilla bajaba un hilillo de espuma. Era evidente que estaba entrando en trance. Los soldados la empujaban guardando las distancias, temerosos de su magia. La temperatura del pasillo parecía haber bajado. En cuestión de segundos, el aire exhalado al respirar se tornó visible. Había un pesado olor metálico, a quemado, como el que precede a las tormentas. Gaunt notó que se le erizaban los cabellos de la nuca. No podía apartar la mirada de la joven, que seguía murmurando mientras los hombres la obligaban a seguir sin quitarle la vista de encima.

—La Inquisición se encargará de ella —dijo Tanhause con un escalofrío—. Otra bruja psíquica sin formación que trabaja para el enemigo.

—¡Espera! —reclamó Gaunt, acercándose a ella. Se tensó, asustado por el ser de hálito sobrenatural que había allí—. ¿Qué has querido decir con eso de siete piedras? ¿Y los fantasmas?

La muchacha puso los ojos en blanco mientras la ronca voz de vieja brotaba de sus trémulos labios.

—El espacio disforme te conoce, Ibram.

Retrocedió a toda prisa, como si le hubiera picado un insecto.

—¿Cómo sabías mi nombre?

La joven no respondió. O no lo hizo de forma coherente, en todo caso. Se revolvió, escupiendo y murmurando palabras sin sentido, acompañadas de sonidos animales surgidos de su garganta estremecida.

—¡Lléváosla! —vociferó Tanhause.

Un hombre se adelantó y al instante cayó de rodillas, moviendo los brazos como aspas, chorreando sangre por la nariz. Ella se limitó a mirarlo. Profiriendo hechizos protectores, los demás acudieron con las culatas de sus rifles láser por delante.

Gaunt estuvo observando el pasillo durante cinco minutos o más después de que se hubieran llevado a rastras a la muchacha. El aire conservó la gelidez un buen rato después de que ella hubiera desaparecido. Miró a su alrededor y advirtió el semblante enjuto y preocupado de Tanhause.

—No le preste ninguna atención —aconsejó el veterano hyrkanio, procurando imprimir un tono de confianza a la voz.

Veía que el cadete estaba afectado. Era sólo una cuestión de inexperiencia, no le cabía duda. En cuanto tuviera tras de sí varios años de campañas, el Chico aprendería a parapetarse ante los malsanos delirios del enemigo y de sus locos e impuros augures. Era la única forma de dormir por las noches.

—¿De qué iba eso? —preguntó, todavía tenso, Gaunt, como si esperase que Tanhause pudiera explicarle el sentido de las palabras de la joven.

—Tonterías, eso es lo que era. Olvídelo, señor.

—De acuerdo. Lo olvidaré. De acuerdo.

Sin embargo, Gaunt nunca lo olvidaría.